

UNO DE LOS GRANDES GAFES DE LA HISTORIA

Los amores de la infanta Isabel, hija de Isabel II y más conocida como *la Chata*, no tuvieron desperdicio. Y es que la casaron con un auténtico gafe. El caso es que cuando la joven alcanza la edad de merecer, se piensa que es una buena ocasión para congraciarse con la familia napolitana: los Borbones de las Dos Sicilias. Al menos, esto fue lo que la diplomacia internacional del momento aconsejaba, después de que los liberales obligaron a Isabel II a reconocer Italia como reino y, por tanto, a destronar a sus familiares. Así que aquello empezaba mal, con la mala conciencia de por medio y con un futuro contrayente que no poseía más fortuna que su propia honra.

Total, que en cuanto la familia de Nápoles fue consultada, aceptó de buena gana la propuesta y, sin pensárselo dos veces, facturó a don Cayetano de Borbón y de las Dos Sicilias, que así se llamaba el joven pretendiente. Lo que no sabían aún en España era que se trataba de un auténtico gafe. Quizá, en su tierra, ya sospecharan algo. Y es que el mismo día del nacimiento de don Cayetano se desprendió una cornisa del Palacio Real de Nápoles. Además, cuando fue bautizado casi arde la capilla, por un cirio que hizo de las suyas. Para rematar, al tomar la primera comunión, se atragantó con la sagrada forma. Y así toda la vida. Ante semejante panorama, no sabemos a quién se le ocurrió la idea de celebrar el enlace en día trece, pero así se hizo. El trece de mayo de 1868, a las diez de la noche. En el Palacio Real de Madrid, para más señas. Y claro, unos meses más tarde, vino lo que vino: ¡La Gloriosa!, que llevó al exilio a la familia real al completo. Fue precisamente en el exilio donde el infante Cayetano de Borbón se quitó la vida, mediante un disparo en la sien. Tenía veinticinco años y dejaba una viuda de diecinueve que no volvería a casarse.

Don Cayetano había redactado su testamento cuatro meses antes de morir. En él, recordó haber participado en



la batalla de Alcolea, donde defendió la causa de Isabel II frente a los que pretendían destronarla. Por lo visto, en mitad de la batalla, iba gritando: «¡Viva mi suegra!». Y no penséis que era pitorreo. Fidelidad a la causa monárquica y admiración por la reina no debieron faltarle, por lo que se desprende de lo que su testamento recoge: «Ruego a Su Majestad la reina Isabel acepte conservar, en recuerdo de mi adhesión, el sable que empuñé en la Batalla de Alcolea». En cuanto Isabel II se enteró de aquello, quiso que apartaran aquel objeto de su vista. O sea, que ya se había dado cuenta de lo gafe que era su yerno. Un día, pidió que se llevaran el sable lo más lejos posible. Así lo hicieron, depositándolo en la Armería Real. ¿Y a que no sabéis lo que pasó a continuación? Pues que allí se declaró un grave incendio. Sorprendente, ¿a que sí? ¡Ya os decíamos que era un gafe! ■

¿QUIERES ACOMPAÑARNOS EN NUESTROS RECORRIDOS POR MADRID?

Como investigadores de la historia de nuestra ciudad, como escritores y como madrileños, nos planteamos enseñártela con calma, con cariño y con cuidado.

Tenemos actividades como «El Madrid de los fantasmas y de las casas encantadas», «Hotel Ritz entre bambalinas», «Crímenes, amores y recetas de cocina», «Madrid del ¡No pasarán!», visitas al Casino y a las reales academias, entre otras.

Más información en www.exploraldesconocido.com